

REVISTA DE SEMANA SANTA



El Señor de las Aguas sale del templo. (Fot. Santill)

GUADALCANAL, 1.960

**PREGÓN
SEMANA SANTA
GUADALCANAL
AÑO 1960
JOSÉ M.^a OSUNA JIMÉNEZ**

PRESENTACIÓN DEL PREGÓN DE LA SEMANA SANTA
DE GUADALCANAL - AÑO 1960
JOSÉ MARÍA OSUNA JIMÉNEZ
REALIZA LA PRESENTACIÓN: PEDRO PORRAS IBÁÑEZ



Dignísimas Autoridades y Representaciones de las Cofradías de Penitencia; Señoras y Señores:

Al servicio incondicional de este bellísimo rincón de la Patria que nos vio nacer, tenemos nosotros consagrada nuestra vida toda. Y a esta. línea de conducta, que nos trazamos cuando aún éramos niño, se debe el que no nos frene el respeto que os debemos y cometamos el atrevimiento de ponernos aquí, delante de vosotros sin estar dotado de la más elemental cualidad, pretendiendo llegar a deciros quien es el primer Pregonero de nuestra Semana Santa.

Pero nuestro atrevimiento no podía ni, muchísimo menos, debía llegar a la osadía. Azotar a la oratoria es siempre una acción detestable. Y eso no. Para evitarla leemos.

Así, al menos, tendremos una atenuante en la que amparar lo primero que manda la prudencia: pedir perdón por la audacia, y nosotros os lo pedimos.

Seguro de que nos lo concederéis porque sabemos muy bien hasta dónde es capaz de llegar vuestra mucha benevolencia, corremos por manifestaros que es te acto que estamos celebrando se lo debemos a nuestro buen párroco. Él fue quien sugirió la idea de realizarlo y lo hizo en el Consejo General de Cofradías, que se reunió el Miércoles Santo del pasado año, al *que Dios nos permitió asistir*, para dicha y honor nuestro, en nombre de la Cofradía de las Tres Horas.

Y henos aquí que el tiempo pasa, porque la vida es un breve día, y de ayer a hoy, así lo parece, tenemos Pregón y tenemos Pregonero.

No habrá que decir que Pregonar, ensalzar en público, es tarea de la que no somos pocos los excluidos cuando la alabanza, el elogio, haya de hacerse de modo que conmueva y persuada. En una palabra, había que buscar persona de sensibilidad y disposición necesarias para el ejercicio de ese arte excelso que es la elocuencia.

La dificultad mayor no estaba, sin embargo, en esa búsqueda. Y no lo estaba, porque aún no siendo pequeña la de hallarla, hacía falta, además, de encontrarla, que esa persona reuniese otra cualidad, absolutamente indispensable para que aceptase con cariño, con alegría, con embelesadora bondad el pregonar fiestas religiosas de una villa, misión modestísima para la altura de un privilegiado.

Necesitábamos, fijaos bien, una persona privilegiada, pero tocada del don de la humildad.

Si don José María Osuna, obedeciendo a los dictados de la vida, no hubiese abandonado su pueblo natal: Carrión de los Céspedes, donde nace en 1,908, trasladándose, hace ya muchos años ese pueblo, tan hermanado al nuestro, que es Cazalla de la Sierra, nos hubiera costado mucho trabajo tropezar pronto en estos contornos con una de esas personas.

De las dotes privilegiadas del Doctor Osuna vais a juzgar vosotros mismos muy pronto.

Por nuestra parte tenemos que decir que el habla castellana le sirve a nuestro Pregonero por igual en la mas extrema variedad de los tonos y de los casos, como le servía a Velásquez su paleta, en la cual es de sospechar que no tuviese colores, ingredientes de luz, sino la luz misma, para empapar en ella sus pinceles.

Versifica y nos deleita. Su prosa nos cautiva, Habla y emociona. Porque, como sabéis, don José María Osuna, que cursa todos sus estudios en nuestra capital con brillantez extraordinaria, que ha recibido premios científicos y literarios y que es académico correspondiente de la de Medicina y Cirugía de Sevilla, consume horas de las que el Señor le tiene otorgadas para esta vida en aliviar y consolar, según las normas vigentes de la Medicina, los males físicos de la vida misma. Pero como tiene asentada su existencia entera sobre el espíritu, sabed

igualmente que a su inquietud espiritual consagra también esas horas, utilizando, con pareja maestría, lo mismo la pluma que la palabra.

Como ninguno ignoráis, existe en nuestra Patria lo que, siendo sevillanos, cabe calificar como la puerta grande de la Maestranza... de la Pluma, para traspasar cuyo umbral hay que ser, en verdad, escritor; aún más, buen escritor. Estamos nombrando a la puerta del mejor diario del mundo: el A. B. C. de España.

Pues bien, el Doctor Osuna, entra y sale por esa puerta con indiscutible derecho, recreándonos cada vez que lo hace con esa su prosa sonora.

De cuanto se diga con intento de trazar su retrato nada podrá causaros novedad, porque don José María Osuna no tiene repliegues ni reservas; es la personificación sencilla y clara de la modestia, de la rectitud, de le, lealtad y de la mas afable cortesía. Al revés de los que propenden a individualizarse y destacarse, parece tener prurito de postergarse y esfumarse.

En suma, figura inscrito en el partido de la humildad.

Y este es nuestro primer Pregonero.

Ya terminamos. Pero antes de retirarnos, permítasenos, en nombre de Guadalcanal, abrir a la luz pública la bolsa secreta de nuestro corazón, extraer de ella, el cuarto de nuestra satisfacción, el cuarto de nuestro afecto y el cuarto de nuestra gratitud y, extendiéndole mano abierta de la amistad fraterna, entregar a don José María Osuna estos tres cuartos que tan justamente merece por habernos aceptado.

En este caso, señores que me escucháis, hay que dar por entero y sin cicaterías posibles, los tres cuartos al Pregonero.

Nada más.

Pedro Porras Ibáñez



1er. PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE GUADALCANAL AÑO 1960 JOSÉ MARÍA OSUNA

Excelentísimas Autoridades

Dignas representaciones de las Hermandades de penitencia.

Señoras y señores todos:

Una gentil invitación de la primera autoridad de esta Villa; una cordial llamada de amigos entrañables, muy gustosamente aceptada y atendida, me sitúan ahora ante vosotros en una postura insólita. Porque aquí estoy yo -verdadero ignorante- para hablaros de unos acontecimientos, de unas actividades a vosotros, precisamente a vosotros que sois principales actores y protagonistas de tales acontecimientos. Postura en verdad osada y muy semejante a la de aquel pobre maestro Ciruela que sin saber leer puso una escuela.

Pero no temáis. Mis palabras que en esta mañana de Domingo de Pasión, en esta luminosa mañana, pretenden adelantarse como heraldo y pregonero de vuestra fiesta más acendrado y popular, no va a ser, no podrían serlo, una especie de riguroso Catálogo artístico o histórico, lleno de referencias eruditas acerca de vuestra Semana Santa, ni siquiera el consabido programa oficial con el horario de

entrado y salida de Cofradías, sino que ellas van a procurar modestamente, pero con toda sinceridad poner sobre el cuadro de vuestros desfiles de penitencia la llamada lírica, dar el necesario toque poético, en definitiva, encender unas luces más en ese Itinerario sentimental y apasionado de vuestra Semana Santa, de esta Semana Santa que yo sé que para la mayor parte de vosotros es alma y carne de vosotros mismos, porque tiene ese valor entrañable e íntimo de todo lo que aprendimos a querer y admirar cuando empezábamos a abrir los ojos y la razón a la luz primera; de todo lo que aprendimos de la mano de nuestros padres en esa época maravillosa en que el corazón blando y la emoción despierta, permite que la semilla y las raíces penetren hasta lo más profundo de nuestra alma; hasta ese lugar recóndito donde van a quedar determinadas para siempre nuestra actitud, nuestra fe, nuestras convicciones.

De aquí la fuerza, la tremenda fuerza que tiene sobre nosotros, por muy lejos y desviados que nos encontremos, esta ingenua llamada de la patria chica, porque ella representa con sus tradiciones y sus costumbres, todo ese conjunto de añoranzas, de recuerdos, de agudas impresiones recibidas en los mejores y más puros años de nuestra vida.

Sin embargo, señores, no son pocos los que atacados, sin duda, de una suficiencia pedantesca, miran un poco por encima del hombro esta participación entusiasta de los pueblos en los desfiles procesionales de Semana Santa... Al menos, como actividad en consonancia con los tiempos actuales.

Pero escuchadme: Nos debatimos en un mundo que cada día parece más decidido a hundirse en el abismo de la desesperación y de los odios; un mundo de angustias en el que si pretendemos mantenernos a flote, si queremos dar algún sentido de permanencia y de seguridad a nuestros actos tenemos que buscarnos asideros cada vez más firmes y elevados. Y ninguno lo será tanto como esta inquietud, este anhelo del hombre puesto nada menos que en el Cielo, como este fervor a la vez apasionado y sencillo del buen cofrade por Cristo, Crucificado en aras de la redención del género humano; de la liberación de hombre de la esclavitud y la miseria; que esta piedad que vosotros, abnegados cofrades de Guadalcanal, vais a hacer patente en las próximos días de la Semana Mayor, con vuestras procesiones, al lado de vuestros Cristos atormentados y vuestras Vírgenes doloridas, a través de las calles blancas, tortuosas y limpias de este pueblo cargado de antigüedad, de historia y de tradiciones.

Como tampoco faltan espíritus poco reflexivos que consideran como cosa trivial, las pequeñas minucias que provocan el entusiasmo de los sencillos cofrades. Pero considerad que hemos hablado de asideros y nunca nos será posible encontrarlos más ciertos que aquellos que representan lo inmediato, lo contiguo; aquellos que con un poco de esfuerzo tenemos siempre al alcance de nuestras

manos. De aquí la importancia, la gran importancia que en este nexo de unión de lo divino con lo humano, de lo remoto con lo próximo tiene esa aparente trivialidad del ramo de claveles rojos que se enciende como una antorcha de sangre y de perfumes bajo la candelería del paso de la Virgen; del estreno de unos respiraderos de talla dorada que los hermanos contemplan justamente emocionados como si fuera carne de su propio entusiasmo; el desfile ordenado de sus vistosos nazarenos; las caídas de terciopelo que datan de varios siglos; la canastilla barroca; la angustiada expresión de la Virgen venerada; el dolor supremo de su Cristo...

Pero no queremos perdernos en divagaciones. Mis palabras, que quieren expresar en esta mañana la emoción de los hombres ante la Divinidad sacrificada. no pueden referirse indistintamente a un lugar cualquiera, vago o indeterminado. Nada nos importa si los desfiles de la Semana Santa son más lujosos o turísticos en aquella ciudad, más pintorescos y espectaculares en este otro pueblo de la geografía del mundo cristiano. Precisamos situar exactamente lo que pudiéramos decir, el lugar de la acción. No nos sería posible matizar las palabras, si a los conceptos o las descripciones no se les encaja en el lugar preciso. Dijimos en cierta ocasión semejante que no es lo mismo el olor de la rosa en lo alto de un monte que en la oscuridad de un tugurio. Aunque en ambos casos, sea el olor de la rosa.

Por eso nuestras palabras -y lo decimos, aunque parezca una gran perogrullada- van concretamente referidas y dirigidas a las fervorosas penitencias de Guadalcanal.

No vamos nosotros ahora a descubrir a este pueblo acogedor y bello; hospitalario e hidalgo; este ilustre pueblo de la geografía septentrional de la provincia de Sevilla, blanco de cal y de soles muy andaluces, aunque ya sus aledaños se aromen con los aires de reciedumbre que le llegan de la cercana Extremadura.

Seiscientos años antes de la Era Cristiana, se asentaron ya en este valle, atraídos, por su fecundidad y su belleza los primeros y más remotos moradores de la Península: los propios iberos. Sus primeros nombres fueron Teressi o Siripo. Y mucho más tarde los árabes, siempre tocada su fantasía de rica vena lírica, siempre afiligranados le dieron el bello nombre con que hoy se le designa: Río de creación, que es exactamente lo que en lenguaje castellano quiere decir la palabra árabe Guadalcanal: río de creación.

Hubo un momento durante la última guerra mundial en que el nombre, hasta entonces poco sonado, de una remota isla melanésica, perdida en las inmensas lejanías del Océano Pacífico se dejó oír insistente en relación con uno de los hechos bélicos más importantes de aquella contienda. Luego el cine con su enorme caja de resonancia, acabó de popularizarlo por el mundo entero. Mucha gente supo por vez primera que había una isla situada en aquellas inmensidades que llevaba precisa-

mente el nombre de Guadalcanal. Como también hubo -y esto es lo que pretendemos dejar bien claro- quien tan sobrado de ignorancia como falta de imaginación, no pudo establecer las posibles relaciones que existían entre el nombre de esta isla y el de un pueblo andaluz y sevillano de la misma denominación.

Verdaderamente -y esto, señores, emociona y subyuga, se hacia necesaria una fuerte capacidad de imaginación para concebir que, de este pueblo mariánico, blanco, luminoso, vertido ya sobre las llanadas extremeñas como una avanzadilla de Andalucía, pudiese partir a más de treinta leguas de la costa el hilo, que navegando sobre la lentitud de embarcaciones de la época, había de ligar su nombre al de unas tierras perdidas nada menos que en el otro extremo del mundo.

Este hilo fue la persona del glorioso Pedro Ortega Valencia. Un hombre nacido en este pueblo, entre vosotros, con un nombre y dos apellidos tan frecuentes aquí que todavía resulta fácil encontrarlos en uno de esos labriegos campechanos y fuertes que os saludan cordiales cuando pasan por vuestro lado. Nos consta.

Son muchos otros los hijos ilustres de esta ilustre Guadalcanal. No nos sería posible ahora ni siquiera enumerarlos. Pero tampoco podemos dejar en silencio el de D. Adelardo López de Ayala, uno de los hombres más preclaros de su tiempo; un tiempo tan cercano a nosotros, que fue el de nuestros propios abuelos. Político romántico, conspirador y luego ministro y presidente del Congreso. Orador extraordinario de inteligencia poderosa y depurada sensibilidad, hizo famosa su oración fúnebre pronunciada con motivo de la muerte de la *Reina* Mercedes. Y por encima de todos, insigne dramaturgo, cuyo teatro en verso, musical y sonoro, utilizó para combatir todo lo que de falso y vicioso había en la sociedad -la gran sociedad- en la que él necesariamente vivía y alternaba.

La altura alcanzada por D. Adelardo en una sola de estas manifestaciones hubiera bastado para catalogarle entre los hombres más notables de su tiempo. Pero él llegó a ser cumbre en las tres facetas esbozadas.

Y todavía no hemos hecho mención de su cualidad de hombre ocurrente e ingenioso, cuyo gracejo hizo presa en ocasiones hasta en sus propios males. Cuentan que al final de su vida, y conste que falleció en plena madurez a los 51 años de edad -padeció una tensa bronquitis, cuya tos no cesaba de molestarle a todas horas. Una noche de tertulia con unos amigos -era un gran conversador- les dijo:- Ya lo sabéis, en mí epitafio no pondréis eso de: Aquí hace Adelardo... sino: Ya no tose Adelardo.

Sin querer nos hemos desviado más de la cuenta de nuestro inicial propósito. Pero todavía permitidme, señoras y señores, que antes de meternos de lleno en esta tarea del Pregón cofradiero, hagamos otra "paradita suave" en nuestro recorrido.

Con frecuencia, con harta frecuencia, quizás por ello demasiado sospechosa, se han tildado a los desfiles de Semana Santa y en general a todos los festejos religiosos populares de exceso de paganismo, de fomentar las ocasiones que el demonio ofrece propicias para el pecado. Carecemos de la indispensable preparación y autoridad para discernir con fundamento acerca de esta delicada cuestión: "Doctores tiene la Iglesia". Pero si quiero hacer constar aquí un hecho absolutamente cierto del que por razones profesionales he sido en muchos casos testigo de excepción.

Hay gente, mucha gente, que sin ser enemigos de la Iglesia -ni mucho menos- viven por circunstancias a veces muy difícil de precisar, alejados en cierto modo del contacto de la Parroquia. Gente de buen fondo que todos los años acude sin falta a presenciar las fiestas religiosas tradicionales de su pueblo.

Pues bien: en ese momento, supremo y terrible, en que el alma próxima a desprenderse de sus ligaduras corporales se dispone a enfrentarse con la Eternidad - inmediata y justiciera, es para muchos de ellos el recuerdo de esa Virgen angustiada, de ese Cristo agonizante cuyo paso contemplaron desde una esquina a la que tal vez acudieron incluso movidos por una intención impura, el nexo único que les liga a la consideración de que tienen que prepararse para el paso definitivo y por ello quizás también motivo único, aunque premioso, de la salvación de un alma.

Creemos que el asunto tiene la suficiente importancia para que por lo menos sea considerado con más detenimiento.

Pero la Semana Santa nos aguarda.

Desde hace muchos años en la Semana Santa de Guadalcanal, la de los desfiles más renombrados y famosos de toda esta comarca mariana que se acuna sobre las estribaciones últimas de una Sierra a la que por algo le pusieron también la Mariánica. Muchos aspectos pintorescos, antes muy celebrados por algunos cofrades y todavía muy añorados por otros, han ido desapareciendo de estos desfiles de penitencia, lo mismo aquí que en otros muchos pueblos. ¿Razones?

En primer término, la tendencia actual a una mayor sencillez expresiva en todas las manifestaciones del Arte, incluido, como es natural y muy principalmente las del Arte religioso. En otro lugar, la problemática ortodoxia de algunos de los motivos cofradieros suprimidos y en otros casos, simples razones de buen gusto. ¿Para qué concretar? Con lo dicho creo que nos basta.

Poco a poco nos hemos ido acercando al Jueves Santo. Han empezado a abrir las flores; las mieses apuntan sus espigas; cantan más recio los pájaros y al resplandor de la luna llena, las noches son más brillantes y las estrellas más pálidas.

Hace solo unos días que Jesús, montado en una humilde borrica, ha llegado a las puertas de Jerusalén. A la misma entrada, su pueblo, el pueblo judío, lo recibe agitando palmas y olivas, entre expresiones de infinito alborozo: "Hosanna el Hijo de David", "Bendito sea El que viene en el nombre del Señor". Pero Jesús viene a cumplir la voluntad del Padre; y a arrojar del Templo a los que de él hacen lucro y mercadería; y a combatir a los fariseos; y a descubrir a los hipócritas. Y todo esto, difícilmente se perdona. Muy pocos días después, el prendimiento y la muerte de Jesús estarán ya decretados.

Y... Ahora, entremos ya de una manera decidida en la claridad sin mancha de esta fervorosa mañana del Jueves Santo guadalcanalense.

Inicia los desfiles de penitencia de la Semana Mayor de esta Villa, la popular **COFRADÍA DE LA CRUZ; o sea, Antigua Hermandad Cofradía de Nazarenos de Nuestro Señor Amarrado a la Columna y María Santísima de la Cruz**: la Hermandad con su fecha de fundación emparejada a las más antiguas de Guadalcanal.

Dos estaciones de penitencia hace esta Hermandad en el día del Jueves Santo; dos procesiones en las que se simbolizan el prendimiento de Jesús y la flagelación. En ambas, acompaña a los pasos del Cristo, el de la Santísima Virgen de la Cruz.

Va mediando la mañana. En el campanil de la torre de la Iglesia los sonos jubilosos, metálicos del bronce, fueron ya sustituidos por la voz apagada, sin brillo de la vieja matraca.

No se ven nazarenos. En esta procesión, primera de la Semana Santa, los clásicos nazarenos negros y verdes de la Cofradía de la Cruz no desfilarán delante de sus pasos. Así es la tradición y a ella es preciso atenerse.

Un silencio inquieto y expectante aguarda a las puertas del Templo Parroquial de Santa María, mientras aparece, pleno de expresiva emoción y simbolismo, el primer paso: el que representa el Prendimiento del Señor. Un susurro que muy pronto se convierte en clamor emocionado saluda la presencia acongojada de Jesús conducido, atraillado por sus verdugos. El Señor lleva inclinada la cabeza; groseros cordeles ciñen las manos amaratadas y crisan sus divinos dedos. ¡Qué resignada expresión la del Hijo del Hombre! ¡Qué impresionante dulzura en el rostro martirizado del Rey de los Reyes!

En el Huerto de Getsemaní, acaban de prender a Jesús:

Un ejército furioso
todo de testigos falsos,
donde es capitán la envidia
y el alférez es engaño;

de acero, miedo y mentiras
para solo un hombre armados
a Cristo presenta Anás
puesto a la garganta un lazo...

Pero ¿quiénes han prendido a Jesús?

Sus propios paisanos, los judíos, el pueblo judío que hasta muy poco antes lo aclamaba con expresiones de entusiasmo arrebatado.

Pero no: este pueblo judío no es más que una masa versátil, sin voluntad propia; una especie de cuerpo electoral, fácilmente manejado por los muñidores y caciques de la situación. A Jesús Nazareno lo prende la tropa de fariseos y de hipócritas bien aferrados a sus cargos; los que no se quieren poner a mal con el que manda desde Roma por miedo a perder sus prebendas; los escribas, los enchufados, y los lechuzos de la época; los que están aterrados ante las voces atronadoras de redención que lanza aquel Hombre de mirada serena que no tiembla ante las preguntas amenazadoras de los poderosos; de aquel Hombre que se ha atrevido nada menos que a poner su óbolo en las propias manos del leproso a quien los más caritativos arrojaban su limosna desde muchas brazadas de distancia. Pero Él es el Hijo de Dios y ha venido a la tierra para cumplir la voluntad de su Padre.

Y avanza el paso del Prendimiento del Señor... Una muchedumbre de fieles se agolpa a sus costados. El sol de la primavera quiebra sus reflejos en los bordados de oro de la túnica carmesí con que la piedad de los hombres ha revestido la imagen de Cristo, todo mansedumbre y dulzura, expresiones ambas, exactamente logradas en la imagen, gracias al cincel maestro del escultor sevillano D. Antonio Castillo Lastrucci...Y detrás del Señor, como cancerberos recelosos y crueles, dos sayones con auténtica cara de "malos" (¡Qué buena interpretación esta del gran imaginero Antonio Quilet!).

Siguiendo a Jesús prisionero, llega ahora el paso de la Santísima Virgen de la Cruz. Se acerca lentamente, penosamente como si la dolorosa sorpresa por el prendimiento del Hijo, hubiese entorpecido de un golpe toda la gracia de sus movimientos. En el divino rostro, el asombro, el estupor, la pena han dejado tales huellas que hasta el gesto parece detenido en actitud atónita de cansancio y de duelo. Todo ello, igualmente captado con mágica precisión por el insigne Castillo Lastrucci.

Bajo rico palio de terciopelo verde, amorosamente guardada por la pasión entusiasta de sus cofrades, sigue la Virgen Santísima de la Cruz, su fatigosa carrera tras la resignada presencia del Hijo martirizado... Todavía un poco más adelante la cobardía de Pilatos los espera.

Van a sonar las siete de la tarde. Por todas partes se ven los típicos nazarenos "verdes" de la Cofradía de la Cruz, que aislados o en grupos se dirigen apresurados hacia la Iglesia Parroquial de Santa María. Digamos aquí, no obstante, que los nazarenos de esta Cofradía por uno de esos arbitrios de la tradición tantas veces inexplicados, visten túnicas distintas según acompañen al Señor o a la Virgen. Los del Señor llevan túnica grana ceñida por un cingulo de color verde. También son de color grana, la capa y el antifaz. Los que acompañan a la Virgen visten túnica negra y sobre ella revisten capa y antifaz verdes. Una vistosa y grata combinación que ha dado origen al sobrenombre con que familiar y cariñosamente se les designa: "Cofradía de los verdes". Como símbolo o escudo lucen la llamada Cruz del Santo Sepulcro o Cruz de Jerusalén, prendida en todos los casos al lado izquierdo de la capa.

Dentro de pocos minutos va a hacer estación en las calles de Guadalcanal la segunda procesión de penitencia de los hermanos de la Cruz.

Jesús ha ido de Pilatos a Herodes y otra vez Herodes lo ha devuelto a Pilatos. No encuentra el romano en Cristo nada que a su juicio sea condenable. Pero los judíos, azuzados por los escribas y los fariseos piden cada vez con más furia la Crucifixión del Señor. Pilatos, cobarde y plegadizo, no desea comprometerse y en un esfuerzo, inútil y cruel, por acallar las voces agitadas de los judíos, ordena que Jesús sea azotado. El Hijo de Dios es enlazado a la columna del suplicio y flagelado hasta que todo su cuerpo queda convertido en una dolorosa úlcera sangrante.

Coronado de espinas es subido otra vez ante Pilatos. Estaba tejida aquella corona con un aro recio de juncos y del borde salían combándose en arco las zarzas de ziziphus, los espinos y las cambroneras rizadas de espolones de púas... Un tallo verde, al desplegarse, le arrancó un trozo de párpado que le quedó colgando de una espina delante del mismo globo del ojo desnudo.

Todavía allá abajo el pueblo, sin piedad, ni freno persistía en su obstinado grito: "Crucificadle, crucificadle".

Pero ya está en la calle el impresionante paso del Señor atado a la Columna. Es el mismo que esta Cofradía de la Cruz hizo desfilar por la mañana; pero Jesús, ha sido desposeído de su túnica carmesí y ahora, sus divinas manos aparecen atado a la columna. Una columna de plata repujada y bellísima, una de las escasas obras pertenecientes al acervo cofradiero de Guadalcanal que milagrosamente pudo ser salvada de la destrucción y del fuego en la época de la dominación roja. Los sayones que en la procesión de la mañana sostenían las ataduras del Señor, esgrimen ahora sobre sus torturadas espaldas el haz de trallas del flagelo hendidas y crueles que se ciñen refinadas al cuerpo del mártir.

Cristo es azotado, la sangre brota y la piel se cubre de cárdenas estrías. Las luces del crepúsculo tiñen de rojo los últimos minutos de la tarde y sus reflejos sangrientos exaltan aun más sobre el cuerpo del Señor, las huellas aceradas del tormento.

Aparecen las primeras estrellas. El aire se embalsama de perfumes lejanos y ruidos campesinos. Y el pueblo, este pueblo amoroso y cristiano de Guadalcanal sigue su paso acongojado tras la imagen de Jesús sangrante bajo el golpe de los látigos.

Va a ser molido el grano celestial
la carne blanca como flor de espino
se rompe enrojeciendo aquel divino
manto de nieve, de oro y de cristal.

.....

Ya no puede huir; con fuerte nudo
amor se enlaza en el dolor desnudo,
como un almendro despojado en flor.
Mas te queda Su sangre de escarlata,
y ese mirar tan hondo que dilata
la riqueza insondable de Su amor.

Sigue los fieles su marcha conmovida tras la sangre de Jesús azotado. Pero no van solos. Junto a ellos. Sobre ellos, la suprema bondad de la Santísima Virgen de la Cruz, con estos hijos amados ideales a su Verdad, a sus Tradiciones, a sus Cofradías.

.....

Ha cerrado la noche por completo cuando la procesión vuelve a la Iglesia. Los suspiros y los rezos se mezclan en suave murmullo bajo las bóvedas resonantes del Templo, en tributo de homenaje al Dios Hombre que sufrió pasión y muerte por redimir de la esclavitud al género humano.

Ha cesado el desfile. Pero nosotros no queremos terminar estas humildes palabras de mensaje a Jesús prendido y flagelado sin hacer constar aquí el nombre generoso del que fue uno de sus más destacados hermanos D. Ezequiel Rius, verdadero fundador de toda una dinastía de fervorosos y desprendidos hermanos de esta antigua y popularísima Cofradía de la Cruz.

.....

Y he aquí ahora otra Hermandad de Penitencia a la que la Semana Santa de Guadalcanal debe también dos procesiones: la **COFRADIA DE LAS TRES HORAS: la Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de las Aguas, Santo Cristo de la Peña Y Nuestra Señora de los Dolores.**

Y aunque en general todas las Cofradías mantienen su esplendor gracias a los esfuerzos y a los sacrificios de todos sus hermanos, la mayor parte de ellas -por una razón o por otra- disponen aquí de los medios necesarios para desenvolverse con más o menos desahogo.

Pero es esta Cofradía de las Tres Horas la que, al menos sobre el papel, dispone de más cortos recursos. Y, sin embargo –un "sin embargo" que tiene toda la categoría de una afirmación rotunda- no solo sabe mantener su decoro a tono con este esplendor cofradiero de Guadalcanal, sino que año tras año, sin prisas, pero sin descanso como dijo el poeta, va incrementando su importancia y su rango dentro de la popular y renombrada Semana Santa de este pueblo. Y así, resulta raro el año que esta Cofradía no ofrece alguna novedad. Hace poco tiempo fue la magnífica Centuria, llamada de las “Tres Horas”, integrada por esos apuestos romanos que en los desfiles van abriendo marcha delante de los Cristos y cuyo atuendo, ajustado a la más rigurosa verdad histórica, responde al modelo diseñado por el ilustre catedrático y gran cofradiero sevillano D. Luís Ortiz Muñoz. En este año, la Cofradía estrena el paso del Cristo de las Aguas, todavía sin talla ni dorado y en otras ocasiones fueron otros y otros que no nos es posible enumerar en esta hora.

¿Qué de dónde sacan para todo esto los Hermanos de las Tres Horas? Pues de su propio entusiasmo, de su amor a la Cofradía, de su actividad y su voluntad infatigables, que hasta ahora constituyen la única varita mágica que conocemos para. al igual que la de Moisés hacer brotar el agua de la roca que es tanto como hacer salir el dinero del bolsillo de los que lo tienen y se resisten a darlo.

Y tanto y tanto han llegado a rivalizar en sus entusiasmos, en sus afanes por allegar fondos para su Hermandad estos voluntariosos cofrades de las Tres Horas que tengo entendido circula por ahí una especie de refrán que viene a decir poco más o menos lo que sigue: “Anda que pides más que la Hermandad de los blancos”

Si, señores; porque a estos hermanos, y perdonen el aspecto grotesco de mi charla cuando me empeño en informarles de aquello que por todas las razones ustedes conocen bien -y yo, muy poco- a estos hermanos, repito se les conoce popularmente con el apelativo de “blancos”, sencillamente porque así es el color de la túnica de sus nazarenos: blanco. Túnica ceñida por ancho cinturón de esparto. Blanco es también el color del antifaz y la capa. Y sobre la blancura de aquel, recortado sobre un círculo rojo que es como una gran flor de esta sangre devota de los Cofrades de las Tres Horas, la Cruz de San Juan o Cruz de Malta, distintivo de la Ilustre Hermandad del Santísimo Cristo de las Aguas, Santo Cristo de la Peña y Ntra. Sra. de los Dolores.

Poco a poco nos hemos ido adentrando en esta noche solemne del Jueves Santo. El cielo está limpio, rutilante; ni la más leve bruma altera la pureza sin mácula de los luceros. En lo alto de la bóveda celeste la luna llena, luminosa y fantástica, se nos antoja como un balón de fuego que los ángeles y los santos agitan sobre la cabeza de los hombres para recordarles que también está ya sobre ellos la Parasceve; de la muerte del Señor.

A las once en punto sale a la calle la primera procesión de la Cofradía de las Tres Horas. Dos pasos integran este primer desfile: El Santo Cristo de la de Peña, o sea Nuestro Señor en el misterio de la Coronación de Espinas, más conocido por el "Señor sentado en la Peña" y Nuestra Sra. de los Dolores.

Esta imagen del Santo Cristo de la Peña tiene ya su pequeña historia; porque es la única que logró salvarse en el año 1936 del furor inconsciente de las turbas. A alguien, tal vez movido por alguna remota intención piadosa, se le ocurrió arrojarlo al pozo de San Benito en vez de entregarlo como hicieron con las otras imágenes, a las voraces llamas que tanta y tanta obra de arte acumulada por siglos de piedad y de fervor, destruyeron en unas horas. De aquel pozo fue extraído más tarde afectado de serios deterioros, todos los cuales sin embargo pudieron ser perfectamente restaurados.

Pero al llegar aquí, permitidme de nuevo una ligera desviación en nuestro normal recorrido.

Hemos hecho alusión anteriormente a ciertos aspectos pintorescos de la Semana Santa de este pueblo desaparecidos por buenas razones unos, y por la fuerza de las circunstancias, otros.

De entre estos, vamos a citar uno que no han conocido las más jóvenes generaciones pero que estoy seguro despertarán dulces reminiscencias en aquellos guadalcanalenses que ya rebasaron la treintena. Hago referencia al pintoresco traslado que de las imágenes del Señor sentado en la Peña y de la Virgen Dolorosa se hacía en la tarde del Domingo de Ramos desde el antiguo templo de San Benito (donde permanecían todo el año) hasta la Parroquia, para su estación de penitencia en la noche del Jueves Santo.

Sé que más de uno de los que me escuchan se sentirán conmovidos en sus más tiernos recuerdos, solo con la simple mención del acontecimiento. Pero además os voy a leer unas líneas llenas de amor por su pueblo, ingenuas, sencillas, escritas por uno de vuestros paisanos ausentes que hará todavía más aguda la evocación y la nostalgia de quienes conocieron y vivieron tales tiempos:

"¡Qué tardes más luminosas las de aquellos Domingos de Ramos "que recordamos con tanta nostalgia, cuando, acompañados de nuestros padres acudíamos a San Benito para presenciar la salida de las devotas Imágenes!"

Íbamos por el camino cogiendo acederas e hinojos, entre la alborozada chiquillería, y reflejando en nuestros rostros la alegría que nos proporcionaba el sentir tan cercanas las fiestas de nuestra sin par "Semana Santa, de tanto arraigo y tradición en nuestra serrana villa. Todos nos sentíamos más optimistas al influjo de la primavera, y el florecer de los campos, y ante la exhuberancia del ubérrimo valle donde se levanta Guadalcanal"

Hasta aquí vuestro ilustre y buen paisano.

Apenas dadas las once de la noche, la imagen del Santo Cristo de la Peña, tan llena de vicisitud y de recuerdos, sale por la puerta de la Iglesia de la Concepción, recoleta capilla de un antiguo Convento atendida hoy por los Cofrades de las Tres Horas.

Ya está en la calle el Cristo de la Peña. Un estremecimiento de compasión y de amor pasa por entre las filas apretadas de los penitentes. Coronado de espinas, sentado sobre un peñasco, estrechamente vigilado por fieros sayones apoya su Santa Faz sobre la mano derecha. Una triple expresión de dulzura de dolor y de resignación aparece en el rostro de Cristo, paciente y humilde. La hora de la crucifixión está muy cerca. Tal vez considere que todavía el Padre puede apartar de Él aquel terrible cáliz de amarguras. Sudores de sangre y de agonía le van rodando por la divina frente abajo:

De zarzas está cercado
Aquel soberano trigo;
que el espíritu de Dios
sembró en el campo virginal.
Entre las espinas verdes,
para mayor sacrificio
el cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.
Llorad, alma, que los ojos
Que han de miraros benignos,
Sangriento eclipse padecen
que en el sol muestra castigo.
No seáis tan dura fiera
que entre tantos enemigos
pidáis que viva un ladrón
y que den la muerte a Cristo.

Bajo su palio de malla dorada, cariñosamente mecida al paso rítmico, premioso de los costaleros, camina la Virgen de los Dolores.

Todo es silencio, recogimiento, fervor que sube desde el corazón para deshacerse en los labios entre el bisbiseo de un rezo o la levedad de un suspiro. De vez en vez, las bandas de tambores y trompetas desgarran la quietud imponente de la noche con la estridencia y el fragor simbólico de sus sonos.

Nos acercamos a la Virgen. Un primor doloroso, magníficamente captado por la maestría imaginera de Antonio Quílet, se hace sollozo, lágrima, duelo desbordado en el rostro de Nuestra Señora que avanza penosamente detrás del Hijo, sintiendo como en su corazón se clavan poco a poco esos siete puñales del Dolor Supremo.

Lleva la Virgen Dolorosa de Guadalcanal saya de color granate hecha de aquel traje de luces que, en una tarde aciaga, ofrendara a Nuestra Señora el matador de toros Pekín Martín Vázquez. Y sobre los sagrados hombros, manto de color azul marino claro donado a la imagen de la Virgen, por aquel fervoroso que fue en vida D. Miguel Durán Rius, y a cuya memoria dedicamos en esta fecha y desde esta tribuna un sentido y emocionado recuerdo en el nombre de todos los cofrades.

Y puesto que de recuerdos hablamos, citemos también al malogrado capitán de Aviación D. Rafael Porras Ibáñez, a cuya generosidad se debía todo el bosquejo de luminarias encendido sobre el paso de la Virgen. Y recordemos igualmente a su señora viuda que cada año continúa haciendo a la Madre Dolorosa la misma ofrenda que en otros tiempos más felices le hiciera su infortunado esposo. Que Dios y la Virgen los bendiga a todos.

Y sigue su camino la Dolorosa. En el rotundo silencio, los pasos acompañados de los costaleros resuenan contra el suelo de la noche, como un puro latido del corazón del pueblo.

¡Virgen de los Dolores! Nacimos en el dolor y vivamos para el dolor que desde el primer instante va a ser, a lo largo de toda la vida, el compañero inseparable de nuestros pasos. ¡Ay, esos siete puñales que traspasan el corazón de la Virgen, como los hemos sentido, cómo los sentimos nosotros clavados en la propia carne!

¡Ay Virgen de los Dolores!

Busqué flores para Ti
que es tenerlas en la mano,
porque el ángel del dolor
las hace surgir del cardo,
y de la piedra desnuda,
y de la arista del canto,
y de la pena escondida,
y del fondo del quebranto,
y de la frente cansada,

y del hundido costado,
y del pecho sin latido,
y del lamento quebrado.

Busqué flores para Ti
que es tenerlas en la mano,
porque al evocar tu nombre,
toda la luz se hace nardo,
y violeta los recuerdos,
y fina azucena el tacto
y clavel el corazón
y las espinas geranios.
Busqué flores para Ti
de mis angustias esclavo;
porque el jardín de mí luz
Señora, estaba agotado.

Y el Viernes Santo, próxima la hora del mediodía, cuando el sol restalla en la nítida blancura de las paredes y el cielo se torna de un azul agresivo y las golondrinas cursan una teoría de alas en las curvas seguras de su vuelo, la flor se hace estrella y el aire se convierte en beso, vuelve a hacer estación en las calles de Guadalcanal la Cofradía de las Tres Horas.

Esta vez la Virgen Dolorosa va a salir precedida del Santo Cristo de las Aguas; una expresiva obra de la imaginería sevillana debida al insigne escultor Juan Blanco Pajares.

Es Cristo en la Cruz, dolorido, agonizante; es Cristo en la Cruz *que se adelanta* con su centuria de soldados romanos, solemne, martirizado y glorioso; es Cristo en el acto supremo de la redención del Mundo; Cristo en el momento de la expiración cuando en sus labios todavía calientes, aparecen marcadas las huellas de esa maravillosa lección de caridad y de amor de la que tanto tenemos que aprender los hombres, siempre olvidadizos y crueles: **"Perdónalos, Padre, porque no saben lo que se hacen"**. Es Cristo, Cristo que muere por amor a quien cantan los versos bellísimos del poeta amigo:

Capataz:
Lleva despacio a Jesús
que va muerto por Amor
sobre el árbol de la Cruz.

Que no le roce ni el aire
que se mece por las ramas,

porque puede dilatarse
el manantial de sus llagas.

Ni la ráfaga de luz
con su tacto de azahar,
ni el suspiro del naranjo
cuando vayas a llamar.

Ni clavel de la ventana,
ni el geranio del balcón,
ni la música siquiera
de la saeta que canta,
ni el Padrenuestro que vibra
en la sedienta garganta.

Capataz:

Que no rocen a Jesús
ni el hálito del candor,
ni el pétalo de la brisa
¡Que va muerto por Amor!

Muy dentro ya de la madrugada habíamos dejado los pasos del Santo Cristo de la Peña y Nuestra Señora de los Dolores -primera procesión de la Hermandad de las Tres Horas- recogidos a las penumbras rumorosas de la pequeña Iglesia de la Concepción.

En la calle, todavía está la noche espesa de luceros; pero muy pronto en lo más alto las estrellas empezarán a fundirse en las claridades lechosas de la inmediata Aurora y cantará el gallo anunciando la proximidad del alba. La fecha solemne del Viernes Santo golpea ya a las puertas de los devotos hermanos de Jesús que con el espíritu limpio y el corazón contrito esperan ansiosos la salida de su Cofradía.

Va culminando la tragedia del Gólgota, el sacrificio del Hijo de Dios en holocausto por los pecados del hombre. Todo es angustioso, solemne. El aire es más lento y silencioso y hasta la luna dolorida parece recogerse sobre su propia plenitud, impresionada por la grandiosa majestad de la hora. Espadañas y azoteas se levantan como sombras de fantasmas que quisieran emular a estos nazarenos, alargadas y rápidas que se van deslizando con prisa hacia la Parroquia.

Va hacer estación en la madrugada la antigua y popular **COFRADIA DE JESUS: Fervorosa Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Madre y Señora de la Amargura**. Y cuando el reloj deja caer las seis campanadas de este alba llena de emoción del Viernes Santo, en la puerta del Templo aparece, en medio del mayor recogimiento, enlutada y severa, la Cruz de Guía llevada por un

estirado nazareno de túnica morada y botonadura de oro. La emoción se hace angustia y la devota atención de los fieles se convierte en cristiana congoja, cuando la sagrada imagen de N. P. Jesús Nazareno, del Señor con la Cruz a cuestas que apenas alivia la ayuda de Simón de Cyrene comienza a avanzar por la Plaza. Porque en aquel instante, todos se sienten alcanzados por el amargo dolor que encorva hasta la tierra las divinas espaldas; por aquella expresión atormentada y mansa de Jesús Nazareno que vestido de túnica de color morado va caminando entre sus firmes cofrades, como enajenado por el cansancio y el duelo.

El alba entera parece hecha de silencios espesos. Solo de vez en vez, los golpes apremiantes del capataz, las voces apagadas de los costaleros, el canto de un gallo, el ladrido lejano de un perro somnoliento y triste. Parece que pudiéramos escuchar el latir acelerado de cada pecho; el vibrar conmovido de cada corazón... Y de repente, un vigoroso redoble de tambores, un ronco son de trompetas que, como una llamada de alegría a los infieles, eleva al aire estremecido de la noche, la muy bella y pintoresca centuria de Jesús, vulgarmente conocida por los “alabarderos”.

Como en un trono de amor, los hermanos de Jesús han levantado a Nuestro Padre hasta lo alto de esa magnífica canastilla tallada y dorada por el gran artífice Martín Martínez; una canastilla del más puro barroco, ese estilo arrebatado y fecundo en que la madera y la plata se hacen flor y guirnalda sobre el majestuoso paso, digno pedestal de la imagen de Jesús Nazareno, sentida obra original del escultor José Fernández Andes.

Y sigue Nuestro Padre Jesús Nazareno su lento caminar por la senda espinosa del Calvario. Bajo el peso del Madero, el sudor se hace sangre sobre el rostro embotado de Jesús que trabajosamente avanza...

A cuestas con la Cruz, camino arriba
al son del atabal de Su verdugo.
El sufrir y morir levanta el yugo
de la muerte que el pecado aviva.

Tras de Jesús, la Amargura, la Amargura de la Madre, la Amargura de esta Virgen de Guadalcanal, que con su rostro marcado por las señales del más duro sufrimiento y su bendito gesto de amor, de compasión, de llamada a los hombres de buena voluntad, se adelanta a los pasos cadenciosos y rítmicos de los costaleros bajo su bellissimo palio granate y oro; con sus amorosos rasgos de Madre propicia - ¡Oh santísimo amor de las madres!- a perdonarlo todo; estos rasgos tan bella y exactamente recogidos por el arte imaginero del gran escultor sevillano señor Illanes del Río.

¡Amargura y perdón! ¡Amargura y esperanza! ¡Cuán hermoso es el ejemplo!

Y a su lado, compañero inseparable, ayuda sin cansancio de María, el Apóstol San Juan; el dulce San Juan revivificado en la imagen por el escultor sevillano Castillo Lastrucci; una bella interpretación del Apóstol amado al quien esta Cofradía de Jesús ofrenda como tributo la riquísima túnica con la que aparece al lado de la Virgen.

Avanza el cortejo impresionante. Avanza la Amargura. Un coro de ángeles con plata de luna y reflejos de estrellas sobre las alas han dejado su gloria en vuelo silencioso, para bajar hasta María, para juntarse al apóstol, y ayudar a la Virgen en tan amargo trance, en el trance difícil de su amargura...

Ahogada por su calle Nazarena
herida por el filo de su llanto,
sumida en el dolor de su quebranto,
sin norte por el cauce de su pena.

Dialogando sin voz con la azucena,
y el pecho florecido de amaranto;
perdida la mirada en el espanto
y lívida de sal la tez morena.

Resecos labios y frente enajenada,
convocando la gracia y la ternura
en su perfil de Rosa Trastornada;
inquiriendo del aire y de la altura,
sí en tristeza por alguien fue igualada,
¡si hay frontera capaz a su amargura!

Vamos llegando al final del emocionante desfile. Pero no quedaría completa esta breve y lírica referencia a la Hermandad de Nuestro Padre Jesús, si no hiciese especial mención de un apellido; un apellido tan característico, tan típico de este pueblo que es muy difícil encontrarse en cualquier punto -cercano o remoto- a un Rivero, que no nos traiga enseguida la cariñosa evocación de Guadalcanal. ¿Verdad que es así?

Pues bien: este apellido Rivero, va tan íntimamente unido a la historia y las vicisitudes de la Cofradía de Jesús que resultaría muy difícil deslindar donde empieza y donde termina esta ejemplarísima fusión.

De entre ellos vamos a citar dos nombres de personas que ya se fueron para siempre: el de Barbarita Rivero (y perdóneme el diminutivo en gracia a su popularidad dentro de la Cofradía) devota y fervorosa hermana, siempre dispuesta a los mayores sacrificios, y el de D. Adolfo Rivero, padre y abuelo de tantos y tantos

amigos nuestros, entusiastas cofrades de Jesús que ostentan con orgullo el bien arraigado patronímico.

.....

Cerca de las diez de la mañana entra de recogida en la Iglesia Parroquial, la Cofradía de Jesús. En la calle, una primavera exultante de perfumes y de pájaros se asoma por entre los árboles de la Plaza de España y pone un recio contrapunto en este piadoso duelo de los cofrades que lentamente se van dispersando en esta mañana soleada y blanca. Muy poco después volverán a agruparse cerca de la Iglesia de la Concepción a la espera de la salida del Santísimo Cristo de las Aguas.

.....

Todo va a terminar. El último acto del drama de la redención llega a sus momentos finales. Cristo ha muerto y su cuerpo descolgado de la Cruz por José de Arimatea y las tres Marías va a ser embalsamado y conducido al Sepulcro.

Empieza la noche del Viernes Santo. Las dolorosas espinas de la Pasión han hecho ya presa definitiva en el alma y la carne de buen cofrade; el bullicio se hace conversación en voz baja, y los pasos más callados al gravitar de las primeras sombras de la noche. El aire es más fino, y las almas más puras.

Y cuando ya las estrellas han encendido su luz y su brillo sobre el cielo, se hace presencia y duelo bajo la puerta de la Iglesia la Iglesia Parroquial de Santa María, la sagrada imagen de Cristo yacente dentro de su urna sepulcral.

Porque en esta hora comienza el desfile de la **COFRADÍA DE LA SOLEDAD. Primitiva Hermandad de Nazarenos de Guadalcanal, Cofradía del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora de la Soledad**, Cofradía ésta que según datos fidedignos parece ser la más antigua de las que actualmente tienen vida espiritual activa en esta Villa.

Una doble fila de negros nazarenos rígidos como esfinges silenciosas, guarda y limita el cortejo. Sobre sus túnicas rigurosamente negras, con cingulo y botonadura grana, llevan como escudo la silueta del sepulcro prendida en la severa caída del antifaz.

Dentro de su urna funeraria, una magnífica urna de trazos severos, tallada y dorada, tal como solo los guadalcanalenses sabrían ofrendar a la más alta expresión del Dolor divino, yace el cuerpo de Cristo. Cristo inanimado, yerto, pálido de todas las livideces de la muerte que camina hacia el sepulcro entre la devoción de la muchedumbre. Ha cesado el dolor donde empieza la muerte. Las luces de los cirios tiemblan más a prisa en las manos calladas de los nazarenos y un suspiro de amor escapado a los mismos entresijos del alma se desliza muy bajito entre el gentío al paso de Cristo exánime.

Y sigue el cortejo, Una sección de los llamados “alabarderos”, simpática y caprichosa versión de las legiones romanas, dan escolta de trompetas y tambores, hacen todavía más aguda la manifestación de este dolor del hombre conmovido ante el dolor de los cielos.

Cielo y tierra previnieron
el triste entierro enlutado;
Todas las hachas del cielo
Iban delante alumbrando
pero el luto de la tierra
no dejaba ver sus rayos.
Sol y luna sangre visten,
porque el cielo en tanto agravio
mostró sangre en sus dos ojos
para señal de vengarlo.
Las cajas fueron las piedras
unas con otras sonando,
que era Cristo capitán
y con cajas lo enterraron.
Hízose el velo del templo,
no sin causa, dos pedazos
para que hubiese bandera
que llevasen arrastrando.

Y luego, la Soledad. La inmensa soledad de la Virgen María, después de la muerte del Hijo.

¿Recordáis aquellos versos?

Sin Esposo porque estaba
José de la muerte preso;
sin Padre, porque se esconde;
sin Hijo, porque está muerto;
sin luz, porque llora el sol;
sin Voz, porque muere el Verbo;
sin alma, ausente la suya;
sin cuerpo, enterrado el cuerpo
sin tierra, que todo es sangre;
sin aire, que todo es fuego;
sin fuego, que todo es agua;
sin agua, que todo es hielo;
con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron.

.....
Cristo sin alma, y Dios muerto,
la Sola del Sol difunto
llora con divino esfuerzo.

Pasa la Soledad. En marcha acongojada detrás del Hijo, pasa la Soledad. Ausente por la pena, allí su imagen, sólo su imagen, junto al madero del *que ya hicieron* descender al cuerpo de Cristo y sobre el que no queda ya más que la sábana que sirviera para su descenso. Toda la suprema angustia reflejada en el rostro de la Virgen ha sido sabiamente captada en la escultura por el prestigioso artista sevillano (¡siempre la magnífica escuela imaginera de Sevilla), José Fernández Andes; una imagen expresiva de soledad y de dolor que conmueve y estremece el corazón de los buenos hijos de Guadalcanal. Por eso, todos ellos han querido agruparse *en torno a la Virgen; consolarla en esta triste hora de su solitario* duelo, y le ofrecieron como manifestación de su amor y de sus sentimientos, pedestal de su devoción, esa egregia canastilla labrada en madera y revestida de oro, y cubrieron su imagen de soledad con el bellísimo manto negro, todo él bordado de filigranas doradas, rica presea ofrendada por la amorosa devoción de un pueblo, personificada en este caso, por aquella hermana abnegada y entusiasta de la Soledad, que fue en vida su camarera perpetua; la benemérita señora Doña Carmen Caballero.

Y pasa la Soledad. Las sombras de la noche se hacen cada vez más densas y los luceros más brillantes. Pese a la multitud que se agolpa alrededor de los pasos, todo está cada vez más solo ante la suprema soledad de María.

Está solo el Cielo y está solo el recuerdo, está sola la brisa. Y sola la mirada. Y sola ya la sangre. Y solo el silencio. Y sola la ilusión. Todo, todo solo grandiosa soledad de la Virgen.

Y todavía ha de cantar el poeta:

Qué intacta soledad en la montaña,
qué solo el sol y sola la violeta,
qué hora de tercia y recoleta
sobre la sóla, vegetal guadaña.
Qué tensa, intensa soledad empaña
los paños de la Cruz; sobre el planeta
flota y se yergue sola la muleta
del cojo universal de vista huraña.

Qué solo y gris el Gólgota dormido
qué solo aúlla el viento en el ejido,
enroscando temblón su caracola,

y qué sólo tú sola, Madre mía,
en el lejano resplandor del día,
ya Madre universal, pero ¡qué sola!

Y todavía ha de cantar el pueblo.

De la boca de una calleja surge el disparo azul de una saeta que cruza el aire estremecido para ir a perderse más allá de las estrellas en la plena infinitud del Cielo:

Qué sola la Soleá
detrás de su Hijo muerto
por la Luna acompañá.

Pronto va a hacer punto final el proceso litúrgico de la Pasión, que todos los años por esta fecha resucita y se vivifica en las calles de Guadalcanal, gracias al milagro de fe y de voluntad de sus hombres. Va a recogerse la Soledad: la última de las cofradías que hará estación en el presente año- Todo va a quedar luego definitivamente silencioso.

Pero tampoco ahora quedemos dar por terminado nuestro mensaje, sin evocar antes a las hermanas Caballero, a los Fontán, los Vázquez, los Nogales y otros tantos apellidos profundamente enraizados en la vida de Guadalcanal y tan íntimamente ligados al desenvolvimiento y a las tradiciones de la Cofradía de la Soledad.

Y que así sea por muchos siglos.

.....

Han terminado con la Semana Santa los desfiles de las Cofradías de penitencia. Todavía, sin embargo, en la gloria del Domingo de Resurrección, el sol triunfante de la mañana lucirá esplendoroso, sobre la procesión de la Patrona de Guadalcanal, la venerada Virgen de Guaditoca. Pero la tarea propuesta en nuestra intención, creemos ha terminado.

Estas modestas palabras, que pretendieron únicamente iluminar el cuadro apasionado de vuestra Semana Santa; una Semana Santa tradicional, tan profunda, arraigada en el corazón de este pueblo, que ella solo bastaría para garantizar sus calidades eternas, pues por encima de progresos materiales, de inquietudes políticas, de problemas urbanos, los pueblos viven y persisten a través de todos los cambios y vicisitudes gracias a los aspectos espirituales y perdurables como estos que en Guadalcanal hacen que la chispa generosa del amor y la fe, prenda en el ánimo de todos, esta llamarada de luz, este fuego cordial y dolorido de la Semana Santa que tan alto puso siempre el buen nombre de Guadalcanal, por muchos motivos ilustres.

He terminado.